

**XXI** grupo editorial  
**siglo veintiuno**

**siglo xxi editores, méxico**  
CERRO DEL AGUJA 248, ROMERO DE TERREROS, 04310 MÉXICO, DF  
www.sigloxxieditores.com.mx

**siglo xxi editores, argentina**  
GUATEMALA 4824, C1425BUP, BUENOS AIRES, ARGENTINA  
www.sigloxxieditores.com.ar

**anthropos**  
LEPANT 241, 243 08013 BARCELONA, ESPAÑA  
www.anthropos-editorial.com

Gorelik, Adrián  
Ciudades sudamericanas como arenas culturales // Adrián Gorelik  
y Fernanda Aréas Peixoto, comps.- 1ª ed.- Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores, 2016.  
466 p. ; 15x23 cm.- (Teoría)

Traducción de Ada Solari // ISBN 978-987-629-639-7

1. Cultura Urbana. I. Título.  
CDD 306

© 2016, Siglo Veintiuno Editores Argentina S.A.

Diseño de cubierta: Eugenia Lardiés

ISBN 978-987-629-639-7

Impreso en Artes Gráficas Color-Efe // Paso 192, Avellaneda  
en el mes de mayo de 2016

Hecho el depósito que marca la ley 11.723  
Impreso en Argentina // Made in Argentina

Intro  
Fe  
A

Río c  
M

Buen  
Pa

San F  
éli  
Pa

LE

La Pl  
del  
Gu

Córdc  
Anu

Monte  
Jorg

# Santiago de Chile

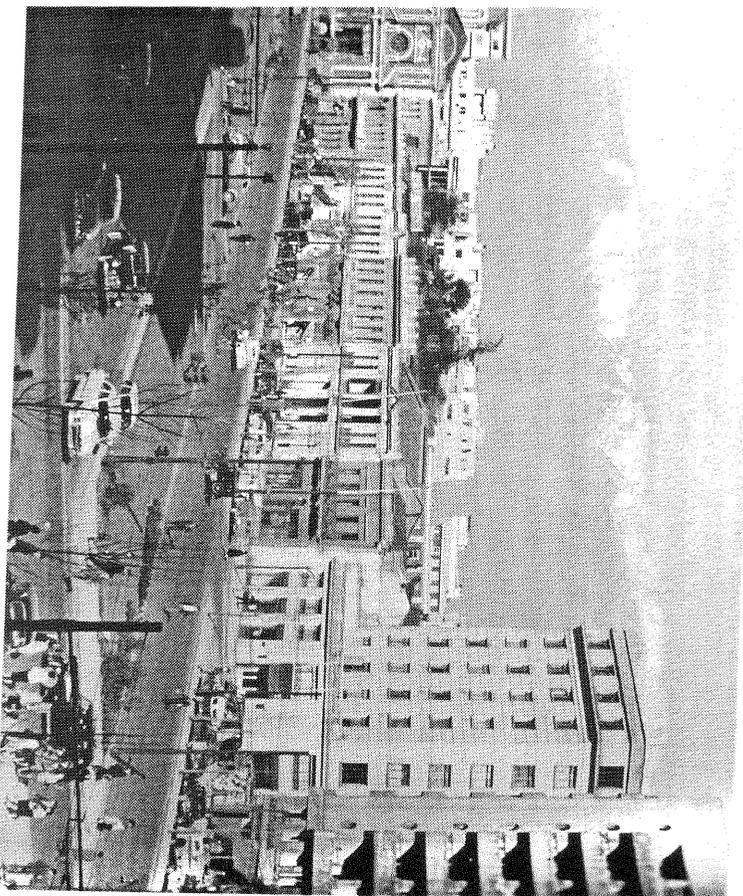
## La capital de la izquierda

Gonzalo Cáceres

### INTRODUCCIÓN

Pablo Milanes la evocó dolorido: Santiago ensangrentada. La ciudad alegre y ligera que Régis Debray recordó con nostalgia, devino en triste y asesinada, como sostiene una poesía premonitrice de Pablo Neruda.<sup>1</sup> La tragedia chilena, una de las caracterizaciones en la que coincidieron intelectuales y políticos como Paul Sweezy, Ralph Miliband o Enrico Berlinguer, tuvo en la ciudad su rostro urbano.<sup>2</sup>

Al fracaso de una transición pacífica al socialismo (1970-1973), es necesario agregar otro acuerdo por parte de las principales voces de la izquierda occidental: nadie podía haberse declarado sorprendido sobre el término de la experiencia. Fabricada como noticia antes de haberse producido, la implosión de la "vía chilena" fue cualquier cosa menos un estallido súbito. El alzamiento militar del 29 de junio de 1973, un intento golpista que se saldó en varias decenas de víctimas santiaguinas, notificó



Alameda Bernardo O'Higgins, sector sur del centro de la ciudad, Santiago, 1959. Fotografía: Robert Gersmann, tomada de su libro *Chile en 235 cuadros*, Düsseldorf, H. Hoch, 1959.

<sup>1</sup> Respectivamente: Pablo Milanes, "Yo pisaré las calles nuevamente", en *Pablo Milanes*, 1976; Régis Debray, *Albados sean nuestros señores*, Buenos Aires, Sudamericana, 1999; y Pablo Neruda, *El mar y las campanas*, Buenos Aires, Losada, 1973. El presente ensayo fue realizado durante un año sabático concedido por la Pontificia Universidad Católica de Chile, con el apoyo del Centro de Desarrollo Urbano Sustentable y gracias a las contribuciones derivadas del proyecto Fondecyt "Gentrificación de barrios populares: amenaza de desplazamiento, potencial de integración e implicancias de política urbana en Santiago de Chile y Ciudad de México". El texto se beneficia de los apoyos y comentarios recibidos de Francisco Sabatini, Elychía Boumazou, Luis Valadez, Miguel Lawner, Rodrigo Millán, Alberto Aggío, Hércida Coelho, Carolina Aguilera, Graciela Silvestri y, muy especialmente, Adrián Gorelik.

<sup>2</sup> Samuel León y Lilia Bermúdez, *La prensa internacional y el golpe de Estado chileno*, México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, 1976; Paul Sweezy, "Chile: la cuestión del poder", en Alfredo Joignant y Patricio Navía (comps.), *Escas mundiales del golpe de Estado*, Santiago, Universidad Diego Portales, 2014; y Enrico Berlinguer, *La "cuestión comunista"*, Barcelona, Fontamara, 1977.

el fin de la "prescindencia política" de las Fuerzas Armadas chilenas, pero también fue una diana. No por nada una mirada de periodistas se abalanzaron sobre Santiago dispuestos a cubrir lo que los medios se habrían perdido de informar cuando ocurrió el golpe de Estado contra Sukarnoo en Yakarta (1965-1966). Junto al impresionismo de los reporteros, coexistía el análisis de los extranjeros residentes. Una verdadera constatación de intelectuales había escogido Santiago como domicilio familiar, laboral y político. Touraine, Fagen, Matelart, Hinkelammert, Lechner, Castells, Bomsiepe, Garcés, Zavaleta, De Mattos, Córdova-Claure, Gushi, Tavares, Yambirra, Marini, Kalfon, Dos Santos, Gabeira, Serra, Sandroni, Vasconi, Nun, De Ipola, entre otros, engrosaban un contingente que ratificaba la atracción internacional de la experiencia chilena.<sup>3</sup>

Algunos de los aludidos ingresaron al país en calidad de exiliados, arribaron en plena administración demócratacristiana (1964-1970) y optaron por quedarse mientras regía su deportación. La buena disposición del gobierno de Frei Montalva para reclutar científicos sociales hizo posible su permanencia, en algunos casos prolongada con el arribo de Salvador Allende a la presidencia. Otros tantos, siempre con anterioridad al triunfo de la Unidad Popular (UP), se enlistaron en organismos internacionales, fueron reclutados para centros de estudio con financiamiento eclesial o ejercieron docencia universitaria. También hubo quienes, ya bajo la UP, se integraron a tareas exclusivamente partidarias o incluso político-militares.<sup>4</sup>

Sin perjuicio de sus motivos, los extranjeros aecindados intervinieron en una escena cultural que contaba con una filiación conocida: a fines de la década del treinta, Santiago ya había sido descripta como un emporio de políticos e intelectuales latinoamericanos.<sup>5</sup> Pero sin minimizar el internacionalismo que suscitó el triunfo de Allende, ¿qué motivó que un destacado elenco de científicos sociales se trasladara a Santiago con años de antelación a la elección presidencial de 1970? Este ensayo, que tiene a colocar al proyecto demócratacristiano dentro del campo progresista, ausculta uno de sus precedentes: el reformismo neokeynesiano encarnado en economistas políticos, pero que aquí comparecen también por su mundanidad. Por ejemplo, Celso Furrado, Felipe Herrera o José Serra.

Asumiendo, sin embargo, que existen relaciones entre producción intelectual y localización residencial, el texto explora una tensión. A saber, la conversión de Santiago en capital simbólica y funcional de la izquierda, realidad cristalizada con el triunfo de Allende, fue vivida por parte importante de los intelectuales extranjeros en la comodidad suburbana. El destino habitacional de los intelectuales aecindados y de los nuevos que llegarían se mantuvo ceñido a los barrios de baja densidad y fuerte homogeneidad social desplegados hacia el este de la capital. ¿Agravó la dualización de la ciudad que el domicilio institucional y residencial de los intelectuales se orillara contra el único sector de la ciudad tenido por burgués y sospechado de elitista? Sin responder necesariamente a la pregunta, el ensayo explora algunas de las poco discutidas tensiones existentes entre cultura política de la izquierda, lugar de residencia y representaciones sociales de la ciudad.

#### SANTIAGO: ENTRE LA CIUDAD GRANDE Y LA GRAN CIUDAD

Siglos de centralización convivieron a Santiago en la ciudad chilena de mayor jerarquía. Pese a que existían núcleos que combinaban industria pesada y centros universitarios, como Concepción-Talcahuano, o colonizaciones portuarias y de servicios, como Valparaíso-Viña del Mar, la capital disponía de un magnetismo que su condición mediterránea no menguaba. Con poco más de dos millones habitantes en 1960 (aproximadamente, el 25% de la población nacional) distribuidos en unas 22 880 hectáreas, Santiago no sólo atrajo población —entre 1930 y 1952 Chile creció, alcanzando 1 465 000 habitantes, pero de ese total el 40% se estableció en ella—, sino que también imantó divisas, mano de obra y capacidad de empresa, de modo que hacia 1958 la ciudad producía más del 35% del Producto Interno Bruto del país.<sup>6</sup> Hipertrofiada para algunos, macrocefálica para otros, los calificativos sobre Santiago venían a respaldar un hecho fundamental: la ciudad se había convertido en bastante más que una enclaustrada obligada de intercambio entre el norte minero y el sur agrícola.

Para la mayoría de los migrantes interros, Santiago exhibía más atributos positivos que negativos. Salarios superiores a los existentes en el

3 Alberto Aggío, "A esquerda brasileira vai ao Chile", *Historia Viva*, n° 42, 2007.  
y Armand Matelart, *Por una mirada-mundo*, Barcelona, Gedisa, 2014.

4 Eleuterio Fernández y Graciela Pancera, *Chile roló*, Santiago, LOM, 2003.

5 Luis Alberto Sánchez, *Visto y vivido en Chile*, Lima, Mosca Azul, 1975, p. 123.

6 Jorge Ahumada, *En vez de la miseria*, Santiago, Editorial del Pacífico, 1958, p. 93.

medio rural, educación fiscal de mejor calidad que la del resto del país y una red de salud pública que descansaba en hospitales edificados recientemente. Al menos hasta 1960, la ciudad no había sido acusada de ser segregada o violenta, aunque su polución y extensión eran objeto de crítica. Eso sí, la ausencia de un gobierno metropolitano, un importante déficit habitacional de vivienda nueva y con resistencia sísmica y las limitaciones en infraestructura, equipamiento y transporte público disparaban continuos cuestionamientos.

Sin perjuicio de sus déficits, para una fracción mayoritaria de los migrantes externos Santiago era una especie de aduana por donde ingresaban y, en la mayoría de los casos, se quedaban sudamericanos y europeos. De todos los que arribaban a Santiago en tren, ómnibus, automóvil o avión (medios diferentes que, debido a las peculiaridades geográficas de Chile, suponían vivencias sumamente diferentes para cada uno de los viajeros), una fracción de los paisanos que se trasladaban a Chile lo hacían interesados por un quinteto de intangibles: tradición de asilo, libertad de opinión, relativa estabilidad política, ensanchamiento de la ciudadanía y, hacia la década del sesenta, tímida laicización.<sup>7</sup>

Para un segmento de los extranjeros, la ciudad despertaba sensaciones encontradas. Por ejemplo, la magnificencia de las cordilleras que la flanquean parecía enfatizar la decepción relativa que provocaba recorrerla. Un predicamento diferente tenía Celso Furtado y, aunque el Santiago material no anudara las características de una gran ciudad, en sus memorias la llama “miniatura de metrópolis”.<sup>8</sup>

Afiliado a la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) que Naciones Unidas había establecido hacia 1948 en Santiago, el economista brasileño alabó la cordillera que contorneaba la capital por el este y sus pistas de esquí. Más allá de la ventaja geográfica para practicar deportes de montaña, Furtado también apreció que Santiago reuniera los atributos de una plaza cultural. De la actividad artística que frecuentó, sobresalía la danza. Parte importante del crédito le correspondía a Ernst Uthoff, cuyas aclamadas coreografías vigorizaban una escena cultural que regularmente ofrecía estrenos teatrales, musicales y cinematográficos; muestras de pintura, escultura—más tarde de artesanía y fotografía—; cierta animación en el cam-

po arquitectónico, paisajístico, escenográfico, de diseño de muebles y urbanístico y una amplia circulación de diarios, periódicos, revistas desde *Pro Arte* hasta *Babel*—y libros.

Que Gabriela Mistral obtuviera el premio Nobel de Literatura en 1945, el mismo año en que Pablo Neruda recibió el Nacional de Literatura, no deberíamos entenderlo como un reconocimiento completamente desacoplado de la arena cultural santiaguina. Si tomamos la posguerra como referencia y nos concentramos en la producción poética, es posible advertir la coincidencia temporal de escritores consagrados—Vicente Huidobro, el propio Neruda y Pablo de Rokha—, con nuevas figuras emergentes y muchas veces contestatarias—Nicanor Parra, Stella Díaz, Gonzalo Rojas y Enrique Lihn—. Casi todos ellos, sin por ello olvidar a Rosamel del Valle, Braulio Arenas, Teófilo Cid, Jorge Cáceres, Juan Marín o Humberto Díaz, tenían a Santiago como sede creativa y foro político. Efectivamente, una proporción muy importante de los escritores activos había simpatizado o adherido tanto a la Alianza de Intelectuales para la Defensa de la Cultura como al Sindicato Profesional de Trabajadores Intelectuales de Chile. El activismo de ambas organizaciones y de otras afines fue una cortapisa para que la represión anticomunista dignificada desde 1948 se cobrara más víctimas.

Que Celso Furtado conociera a Neruda, disfrutara del *ballet* y asistiera a los estrenos musicales corrobora el clima cultural que hemos venido describiendo. Otros extranjeros como él también participaron del mismo consumo cultural—como consta en las memorias de José Serra, por ejemplo—y alquilaron o incluso compraron un bien raíz en la ciudad—fue el caso de Theotonio dos Santos algunas décadas más tarde—.<sup>10</sup> Pero a diferencia de las vivencias relatadas por el intelectual y político peruano Luis Alberto Sánchez, cuyo arribo precedió al de Furtado, las referencias espaciales del economista brasileño connotan de una manera secundaria al centro de la ciudad. En contraposición a las descripciones de Sánchez o a la biografía del empresario editorial portugués Carlos Nascimento, las vivencias de Furtado evocan el barrio alto de la ciudad, que, aunque se extendía desde el centro cívico, adquiría su verdadero carácter residencial y suburbano en las comunas de Providencia, Ñuñoa y Las Condes.<sup>11</sup>

7 Sergio de Moraes, *Viver e morrer no Chile*, Río de Janeiro, Contraponto, 2010.

8 Fernando Gabeira, *O crápulo do macho*, Río de Janeiro, Codecri, 1980.

9 Celso Furtado, *Obra autobiográfica*, San Pablo, Companhia das Letras, 2014.

10 José Serra, *Cinquenta anos esta noite. O golpe, a ditadura e o exílio*, Río de Janeiro, Record, 2014.

11 Felipe Reyes, *Nascimento. El editor de los chilenos*, Santiago, Mínimo Común, 2014.



Barrio alto, comuna de Las Condes, Santiago, 1960, sector adyacente al Club de Golf Los Leones. Fotografía: Hans Storand y Bodo Fischer, tomada de su libro, *Chile*, Múnich, F. Bruckman, 1960.

Furtado, pero también otro cepalino de nota como Raúl Prebisch, no fueron los únicos en preferir como destino residencial el cono urbano de alta renta que, casi sin solución de continuidad, se extendía hacia el este de la ciudad en dirección a los faldeos de la Cordillera de Los Andes. Cuanto Naciones Unidas construyó su sede en la ciudad, la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), alojada en Santiago desde 1957, ya había desestimado ubicarse en el centro, como sí lo harían el socialista-tiano Centro para el Desarrollo Económico y Social de América Latina (DESAL) y el socialdemócrata Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales (ILDIS). FLACSO, reproduciendo un patrón de localización y diferenciación social que venían exhibiendo congregaciones religiosas, clínicas, colegios particulares y los establecimientos militares consagrados

a la formación de oficiales de alta graduación, se radicó en el sector este. En el caso de FLACSO, la ubicación adoptada en el interior del barrio alto fue objeto de controversia: no deja de ser revelador que una fracción de sus integrantes prefirieran la señorial Providencia a Ñuñoa. Para algunos, la primera de las dos comunas ofrecía más “empaqueté”.<sup>12</sup>

Al tiempo que la ciudad sufría uno de sus ciclos de extensión sin densificación más acentuados, dislocando, casi de una vez y para siempre, las zonas de trabajo de las zonas residenciales, los funcionarios de los organismos internacionales tuvieron el privilegio de convertir sus desplazamientos laborales en caminatas por vecindarios encantadores y tranquilos, para seguir con la descripción empleada por un intelectual y militante socialista cuando evocó uno de los sectores más conspicuos de Ñuñoa.<sup>13</sup> Lejos de ser anecdótico, que personalidades como el escritor Manuel Rojas, el economista Felipe Herrera o el parlamentario Salvador Allende residieran en Providencia, limítrofe al norte de Ñuñoa, informa la existencia de un patrón que, nada subrepticamente, fue moldeando las decisiones inmobiliarias de buena parte de los principales dirigentes de la izquierda. En rigor, sus decisiones personales no parecían demasiado alejadas de las creencias predominantes ni tampoco del saber académico convencional. En una conocida entrada para la *Geografía Universal Larousse*, Jean Bordé, uno de los principales geógrafos estacionados en Santiago durante los años sesenta, destacaba los “barrios residenciales que ascienden hacia la Cordillera” como uno de los elementos que atestiguaban la nueva vocación de gran capital que dimanaba Santiago.<sup>14</sup>

El cine realizado por chilenos con Santiago como locación también fue seducido por la cultura suburbana identificada con zonas exclusivamente residenciales. Ya en la década de 1960, películas como *Un viaje a Santiago* (1960), *El burócrata González* (1964), *Tres tristes tigres* (1968), *La casa en que vivimos* (1970) y *Palomita Blanca* (1973-1992) representaron el cambio en la geografía residencial del poder económico y político. En casi todos esos largometrajes, parte de la trama ocurre en las residencias de personalidades cuya influencia estaba asociada a su participación en el aparato estatal y que contaban con viviendas aisladas provistas de antejardín, jardín y, en no pocas oportunidades, pileta de natación.

12 Rolando Franco, *La FLACSO clásica (1957-1973). Visitadas de las Ciencias Sociales latinoamericanas*, Santiago, Catalonia, 2007.

13 Julio César Jobet, “Despedida melancólica”, *Ocidentale*, n.º 263, 1975, p. 58.

14 Jean Bordé, “Chile”, en Pierre Deffontaines (dir.), *Geografía Universal Larousse*, París, Librairie Larousse, 1966.

Pero la naturalización del barrio alto como destino pudiente no arduó siempre miradas tan benevolentes. Juan José Sebreli, que visitó Santiago hacia 1960, elaboró un retrato incisivo del conjunto de la ciudad y sobre el barrio alto despachó varias críticas.<sup>15</sup> Para el ensayista argentino, la zona constituía un sector menos accesible que otros debido a su condición de residencia de la alta burguesía. Sebreli no sólo insinuaba que sus habitantes eran compradores de exclusividad, sugería además que la ausencia relativa de transporte público no podía ser entendida como una casualidad. Lo que Sebreli no sabía era que las élites santiaguinas ejecutaron su migración intraurbana apoyándose en proyectos urbanos de origen estatal. A saber: el Estadio Nacional (Ñuñoa, 1938), la Escuela Militar (Las Condes, 1958) y la sede de Naciones Unidas (Las Condes, 1966).

El drenaje elitista desde el centro o desde otros puntos de la ciudad tuvo como una de sus principales justificaciones el argumento ambiental. Trasladarse a los faldeos precordilleranos figuraba en muchas prescripciones médicas como un antídoto eficaz para diferentes dolencias. Menos comprensivo, Neruda acusó a "los ricos" de escapar: "con muebles y fotografías / lejos, a la cordillera, / y allí dormían entre rosas". ¿Su principal recriminación? Imputarles a los pudientes su cobardía por huir del "centro de la ciudad pobre / con dientes duros de pantera".<sup>16</sup> Una crítica no tan enconada fue la que movilizó Pedro Cunill, cuando caracterizó los sectores orientales de la ciudad por sus "residencias de lujo" ubicadas en las comunas de Providencia, Las Condes y en parte de Ñuñoa y La Reina.<sup>17</sup>

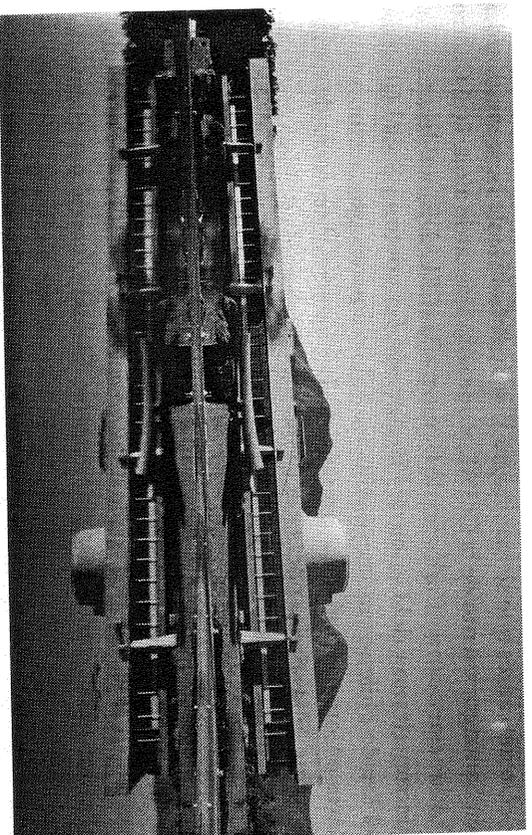
Mientras las críticas de Neruda y Sebreli pueden entenderse como un cuestionamiento a la periferización elitista, la homogeneidad social ocasionada por el enclaustramiento excluyente sólo podía acreditarse, durante los años sesenta, en sectores de la comuna de Providencia.<sup>18</sup> No ocurría exactamente igual en zonas de Ñuñoa, ni tampoco en Las Condes, cuyo poblamiento incluyó villas, poblaciones y asentamientos irregulares.

15 Juan José Sebreli, "Chile 1961", en AA.VV., *Buenos Aires, Santiago de Chile: ida y vuelta*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 1968.

16 Pablo Neruda, *Estrangario*, Buenos Aires, Losada, 1958.

17 Pedro Cunill, *Visión de Chile*, Santiago, Editorial Universitaria, 1972, p. 121.

18 Armand Matelart, "La morfología social de una capital latinoamericana: Santiago de Chile", *Cuadernos de Economía*, vol. 4, n° 11, 1967.



Edificio de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), proyectado por Emilio Duhart en 1960 en el barrio de Las Condes, Santiago, fotografía de 1966 (autor desconocido). Archivo de la Pontificia Universidad Católica de Chile, tomada del catálogo *Latin America in Construction: Architecture 1955-1980*, Nueva York, MoMA, 2015.

#### BARRIOS DEL BARRIO ALTO

El edificio de Naciones Unidas para la CEPAL en Santiago ha sido elevado a la condición de símbolo. Las innovaciones compositivas que identifican el proyecto elaborado por Emilio Duhart y equipo concitaron y siguen concitando muchas críticas favorables. Menos atención ha gozado el proyecto urbano del cual el pabellón moderno es sólo un componente, por excepcional que sea su arquitectura. Tal y como ocurrió en otros proyectos linderos al río Mapocho, la construcción de la sede incluyó el desalojo de pobladores que ocupaban parte del predio.<sup>19</sup> La remoción, que vino a corroborar un capítulo más en el desplazamiento sufrido por los areneros que explotaban el cauce, no deja de ser en cierto sentido paradójica. ¿La razón? El mismo año en que se inauguró el conjunto, el sociólogo peruano Aníbal Quijano dirigía el Programa de Investigaciones sobre Urbanización y Marginalidad, en la División de Asuntos Sociales de la CEPAL.

19 Carmen Pimentel, *Vidas marginales*, Santiago, Editorial Universitaria, 1973.

Un año antes que se inaugurara la sede definitiva de Naciones Unidas en Santiago, asiento de la CEPAL, y que sólo más tarde alojaría al Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía (CELADE) y al Instituto Latinoamericano y del Caribe de Planificación Económica y Social (ILPES), el Estado chileno construyó edificios habitacionales para sectores populares en otro sector de la comuna de Las Condes. Los *blocks* de Colón Oriente, unas de las pocas intervenciones de vivienda pública en el este de la ciudad, se escalonaron sobre la precordillera.

Vistas en retrospectiva, ambas operaciones parecen contrapuestas, pero sólo la segunda fue concebida y ejecutada por el gobierno democristiano. El reformismo urbano de la administración, interesado en introducir notas de heterogeneidad social y funcional en el barrio alto, tuvo otra oportunidad para manifestarse. El ensayo corrió por cuenta del arquitecto Fernando Castillo en tanto que edil de La Reina (1965-1968) —un desprendimiento municipal de Ñuñoa—. Castillo patrocinó, diseñó y gestionó un conjunto de viviendas autoconstruidas y un parque industrial. ¿Su objetivo? Convertir a una fracción de su deshabitada comuna en una zona mixta.

Pero la existencia de planes, programas y proyectos estatales no debe hacernos soslayar que un porcentaje significativo del Santiago material acusaba un fuerte componente irregular. El poblamiento popular creció hacia 1968 cuando las invasiones de tierras volvieron a convertirse en un expediente masivo de acceso al suelo. El incremento de las tomas gozó de un fuerte acompañamiento partidario.<sup>20</sup>

Antes que la periferia popular de la ciudad ingresara en un período de hipermovilización, el conflicto urbano por el acceso al suelo ya se había filtrado a la escena cultural de muy diversas maneras. Notas periodísticas, obras de teatro, documentales y canciones denunciaban la conglomeración de viviendas insalubres. Aunque el símbolo inequívoco de la crisis social era la población callampa (el nombre que en Chile se da a las villas miserias), fue en la década del sesenta cuando su apelación singular cambió de escala y admitió la presencia de grandes áreas de pauperadas. Gracias al carácter omnicomprensivo del enfoque estructural, Santiago fue presentado de una manera crecientemente dicotomizada. Un drama teatral, una película-documental y un documental militante ejemplifican esa mirada.

#### LA CIUDAD DUAL COMO REPRESENTACIÓN

Víctor Jara tuvo la responsabilidad de dirigir el primer montaje de *Los invasores*. La obra de teatro, estrenada en 1963, se desarrolla en una zona que recuerda al barrio alto de Santiago.<sup>21</sup> Durante casi todo el argumento, los propietarios están en una posición defensiva, a merced de una ocupación cuyo carácter cambia a medida que los invasores van desnudando sus verdaderas ambiciones. En el guion ni la sociedad ni la ciudad son capaces de administrar el descontento de los que no tienen empleo, ahorro ni vivienda. Sin perjuicio del reanchismo con que se identifican los “*harapientos*” que invaden una residencia dotada de un parque por jardín, lo que erosiona el orden es la fractura de la propia familia burguesa. La obra, escrita bajo los efectos de la Revolución Cubana, sugiere una divisoria de aguas entre adultos y jóvenes y, por eso, el hijo del propietario se alinea con aquello que el marxismo de la época seguía llamando lumpen.

*Morir un poco*, exhibida en 1967, carece de la fogosidad subversiva de *Los invasores*, pero, al igual que ella, desenvuelve una narración en ausencia casi completa de estatalidad.<sup>22</sup> La franquicia argumental del film parecería permitir que su único protagonista deambule libre de ataduras. Buena parte de lo que se encuentra en su solitaria excursión está debidamente privatizado por mucho que se traslade de un lugar a otro. En la soledad de su periplo, el personaje va tomando conciencia de la opresión provocada por un sistema alienante. La contestación ocurre, precisamente, cuando se desencadena el primer acto de rebeldía. El objetivo: la propiedad privada de la tierra.

En ambas piezas, las ciudades son escenificadas como lugares donde la polarización se corporiza y la lucha de clases muestra sus primeros signos. Una visión muy similar a la de Violeta e Isabel Parra cuando en una de sus colaboraciones musicales afirmaban que, en pleno corazón de Santiago, “Chile limita al centro de la injusticia.”<sup>23</sup>

Es posible encontrar una versión radicalizada del mismo enfoque en *Venecemos*.<sup>24</sup> El documental, producido en el marco de la campaña presidencial de 1970, excaraba las dicotomías: chozas *versus* mansiones; arrabales *versus* vecindarios; automovilistas solitarios *versus* pasajeros ha-

21 Egon Wolf, *Los invasores*, Santiago, Pehuén, 1990.

22 Alvaro Covacevich, *Morir un poco*, 1967.

23 Violeta Parra e Isabel Parra, *Isabel Parra*, vol. II, 1968.

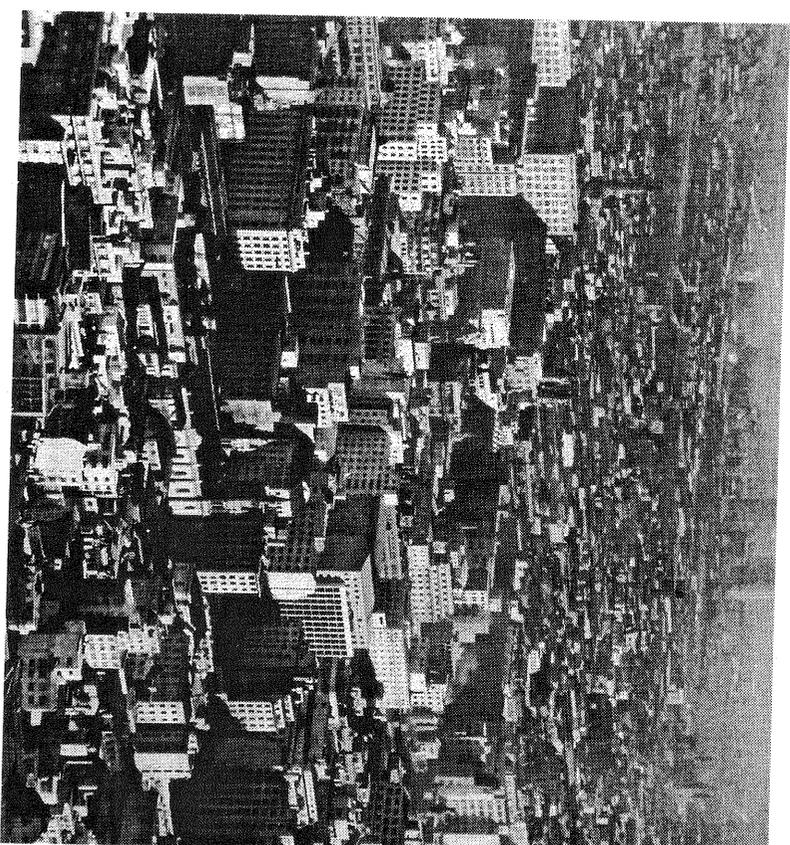
24 Pedro Chaskel y Héctor Ríos, *Venecemos*, 1970.

cinados en el transporte público. Dado que para el grueso de la izquierda chilena el reformismo era un enemigo por doblegar más que un adversario por vencer, no debería extrañar que una pieza de propaganda como *Vencemos* omita los programas de vivienda y suelo impulsados por la administración democratacristiana. La ausencia de cualquier clase de política cohesiva fortalece una representación de Santiago en el umbral de su polarización.

Pese al tono dominante que parecen introducir *Morir un poco* y *Vencemos*, la escena cultural proveyó otras claves de lectura. Con una irrevérendia original, la obra cinematográfica de Raúl Ruiz se fuga de los dualismos exacerbados y propone, tramitando de otro modo las tensiones ciudadanas, una lectura alternativa de la sociedad urbana santiaguina. Mientras en *Morir un poco* la ciudad es laboral, impersonal, clasista y antida una violencia peligrosa por latente, Ruiz, en *Tres tristes tigres* (1968), presenta a Santiago entretendiéndola con una vida urbana grupal, sexuada, interclasista, aunque explícitamente violenta. La ciudad aparece de manera permanente en el film a través de las interacciones verticales y horizontales existentes entre los dos tríos de personajes.<sup>25</sup> Los primeros son trabajadores más informales que formales, más ocupantes que arrendatarios y su agenda parece resistirse por todos los medios al disciplinamiento laboral: se mueven con soltura por la ciudad yendo y viniendo desde el centro hacia el barrio alto. El trío de capitalinos, por el contrario, cuando se desplaza, sólo lo hace por la parte pudiente de Santiago. Su vida social, laboral y domiciliaria corresponde a un departamento, un *bungalow*, un bar o una oficina ubicada en proximidad al centro lineal que se estaba formando sobre avenida Providencia. Aunque se los percibe cómodos en el pedazo de ciudad tímidamente verticalizada que disfrutan mucho, el saldo del film parece transmitir un sesgo de clase que los inhibe de ir al centro o a cualquier fracción de la ciudad que no sea el barrio alto.

La película concluye con la única transgresión que es posible advertir a la regla elitista del autoconfinamiento y sólo parecería ocurrir porque uno de los protagonistas capitalinos está inconsciente, proescena es clave y Ruiz la filma en el interior de un taxi, casi como si fuera un secuestro ocurrido en la semipenumbra de un Santiago que

amanece. En el interior del vehículo, la tensión sube cuando el jefe parece salir de su sopor. Lejos de animarlo, su subalterno lo sofoca y su cuerpo cae nuevamente en la inconsciencia. Tras cruzar una esquina, aparece la Posta Central (hospital de urgencias). La escena es luminosa. Ya amaneció y la modernidad del edificio transmite seguridad y confianza respecto a la atención que brinda a sus pacientes. No es casual que uno de los momentos culminantes ocurra frente a un edificio moderno por fuera del barrio alto. La presencia de la Posta Central es un mensaje respecto de la primacía de lo público, pero también del carácter hospitalario del centro. A su modo, es un mensaje cohesivo y universalista.



Centro de Santiago en 1959. Fotografía: Robert Gerstmann, tomada de su libro *Chile en 235 cuadros*, Düsseldorf, H. Hoch, 1959.

25 Verónica Cortínez y Manfred Engelbert, *Evolución en libertad. El cine chileno de fines de los sesenta*, Santiago, Cuarto Propio, 2014.

La Posta Central, erigida hacia el oeste del centro tradicional de la ciudad, no es la única construcción moderna del sector. Inaugurada en 1967, su volumetría parece ensamblar con una batería de edificios que se estaban proyectando para las manzanas contiguas. Se trataba de la Remodelación San Borja y su desarrollo incluyó, fuera de otros edificios y equipamientos, poco más de una decena de esbeltas torres. Con seguridad, se trató del proyecto más importante y costoso impulsado por la Corporación de Mejoramiento Urbano (CORMU), una nueva entidad subordinada al Ministerio de Vivienda y Urbanismo (MINVU).

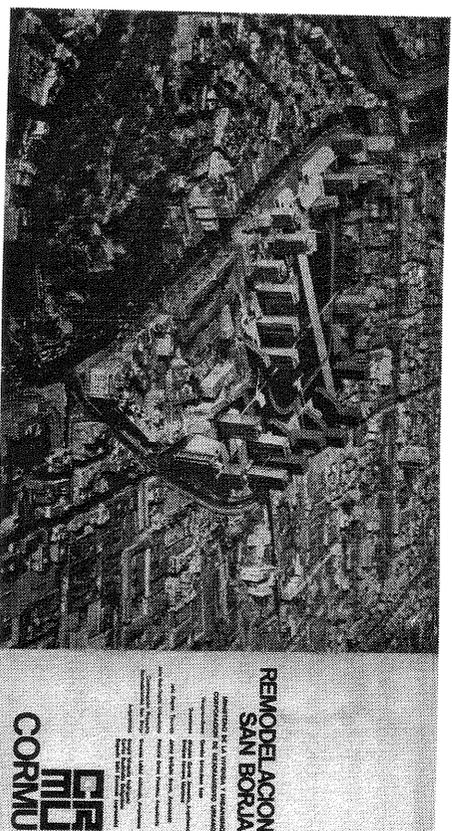
#### IMPUGNAR LA REMODELACIÓN URBANA

##### DESDE LA IZQUIERDA: CRÍTICA Y CONTRAPROPÓSICIÓN

CORMU, la corporación público-privada que lideró el diseño y la ejecución de la operación San Borja, siempre lo consideró su proyecto estrella. La imposición de un calificativo tan favorable se explica por muchas razones, pero también por su aspecto y programa: torres estilizadas en el verde, localizadas en una zona céntrica y con entornos atractivos que podían incluir comercios. Sin discutir todavía su ensamblaje con la ciudad, es importante aclarar que se trató de un tipo de operación que prolongaba ideas aplicadas en Europa y los Estados Unidos.

Pese a ciertas simpatías estéticas que San Borja podía movilizar, no todos los arquitectos racionalistas aprobaban la operación, en especial los identificados políticamente con la izquierda. De hecho, en un artículo publicado en la revista doctrinal del Partido Comunista de Chile, se denunciaba el sesgo discriminatorio de los proyectos de remodelación. La crítica al desplazamiento de los habitantes anteriores cuajó incluso en un documento político: el Programa Básico de la Unidad Popular. Sin renunciar a la densificación ni a la remodelación, los arquitectos que colaboraron en la redacción del programa presidencial de Salvador Allende prometieron todo lo contrario: es decir, que sus proyectos se ejecutarían impidiendo "el lanzamiento de los grupos modestos a la periferia".<sup>26</sup>

<sup>26</sup> Miguel Lawner, *Memorias de un arquitecto obstinado*, Concepción, Ediciones Universidad del Bío-Bío.



Proyecto de la Remodelación San Borja. Corporación de Mejoramiento Urbano (CORMU), 1966, fotomontaje publicado en la revista *Auca*, n° 16, Santiago de Chile, Ministerio de Vivienda y Urbanismo, 1969. El conjunto finalizado incluyó una serie de torres que se construyeron al sur de la Posta Central y que no aparecen en el fotomontaje.

El contraste con el caso de San Borja era notorio: de acuerdo con los propios técnicos del MINVU, menos del 1% de los habitantes preexistentes en el área estuvo en condiciones de comprar un departamento en las poco más de diez torres que en agosto de 1970 aguardaban terminaciones. Aunque el aburguesamiento de barrios de renta inferior no era todavía un término utilizado en Santiago, lo que hoy llamaríamos "gentrificación con expulsión" parecía debutar en el Chile electoral de 1970.<sup>27</sup> Si bien serían arquitectos y políticos afines a la candidatura de Allende los que iniciarían el debate público respecto de los beneficiarios de proyectos como San Borja, la impolita modernidad de los edificios se vería puntualmente trastocada por militantes de una fuerza política aniparlamentaria: el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR). En los días precedentes a la elección presidencial de 1970, un grupo de adherentes del MIR ocupó las torres ubicadas frente a la Alameda.

Para los "arquitectos de Allende", la demostración propagandística anticipó una crítica que los golpearía por la derecha. Aunque se lo suele

<sup>27</sup> Francisco Sabatini y otros, "Gentrificación sin expulsión, o la ciudad latinoamericana en una enclucijada histórica", *Revista 180*, vol. 13, n° 24, 2009.

omnir, los miristas rechazaban la verticalización residencial que prome-  
tían los arquitectos, urbanistas y paisajistas que colaboraban con Allen-  
de, incluso, en un par de casos, desde la campaña presidencial de 1952.  
Los edificios habitacionales que con tanto ahínco se levantarían bajo la  
Unidad Popular, versiones mejoradas de los proyectados por el MINVU  
bajo el gobierno demócratacristiano, eran repudiados por recluir a los  
trabajadores y sus familias en virtuales colmenas verticales. La unidad  
básica del socialismo en la ciudad, alegaban los pobladores enlistados en  
el MIR, debía ser la vivienda aislada. Una maqueta elaborada con motivo  
de un Congreso de Pobladores confirma su similitud con los *bungalows*  
que hemos descrito con anterioridad para el barrio alto.<sup>28</sup>

#### LA ALAMEDA DE ALLENDE Y EL GOLPE QUE NO FUE

La Alameda, una suerte de avenida-parque que atraviesa el centro de la  
ciudad, había labrado su importancia gracias a ciclos de intervención  
pública y privada. Su transformación en la principal arena pública de la  
ciudad comenzó a ocurrir sin que concluyera del todo la sustitución de  
las casas coloniales y neoclásicas que la contorneaban por ambos frentes.

Fiel a su centralidad, una parte importante de las más conocidas edi-  
ficaciones republicanas se alinearon hasta conformar un corredor pro-  
visto de una cierta unidad gracias al efecto de continuidad que gene-  
ran las construcciones pareadas. Vista desde la perspectiva del peatón,  
podemos caracterizar la Alameda como una franja mixta, residencial y  
también comercial, pero que reunía buena parte de la oferta cultural de  
carácter público que disponía la ciudad republicana. Que Allende haya  
evocado la Alameda en varias de sus intervenciones confirma su signifi-  
cación, pero también su simbolismo. Para Allende, la Alameda reunía  
los atractivos que solo los lugares significativos pueden acrisolar y no lo  
era sólo por sus dimensiones ni apenas por su conglomeración lineal de  
monumentos. Frente a la Alameda transcurrió parte importante de su  
vida política universitaria en tanto que adherente del movimiento Avan-  
ce. Como ministro de Salubridad (1939), Allende decidió instalar una

moderna exposición dedicada a la habitación higiénica sobre uno de los  
tramos parquizados de la *promenade*. La lista de situaciones para evocar lo  
hermana con varias generaciones de socialistas, comunistas, socialcristia-  
nos e independientes de izquierda, formados en la Universidad de Chile,  
cuya casa central da a la misma avenida.

Allende se dirigió en muchas oportunidades a sus simpatizantes re-  
unidos en la Alameda. La misma situación aconteció cuando festejó su  
triumfo presidencial. Después de tres intentos, Allende disfrutó la vic-  
toria, que, aunque estrecha, lo colocaba en posición de convertirse en  
mandatario. Corría septiembre de 1970 y la Alameda, que originalmen-  
te fuera denominada Campo de la Libertad Civil, fue el espacio donde  
transcurrió una improvisada celebración. En simultáneo, carros blinda-  
dos, en una cantidad que nunca se ha podido establecer con precisión,  
se desplegaron en otros puntos del centro.<sup>29</sup>

Allende, aparentemente informado de la asonada militar, no se ami-  
lanó. Pasada la medianoche del viernes 4 de septiembre de 1970, se tras-  
ladó al lugar de la celebración y pronunció, en el local que ocupaba la  
Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile (FECH), un dis-  
curso de agradecimiento que tuvo mucho de llamamiento a la tranquil-  
idad. Que la sede de la FECH diera a la Alameda ya no parece sorpresa.  
Tampoco, que su intervención evocara con optimismo las “esperanzadas  
alamedas del socialismo”.

#### EPÍLOGO: LA ALAMEDA DE ALLENDE Y EL GOLPE QUE SÍ FUE

Las imágenes más tempranas referidas al golpe de Estado confirman la  
soledad que se cernió sobre el palacio presidencial. El éxito de la mili-  
tarización del espacio se saldó en un aislamiento gubernamental que  
preludió la dispar refriega. Balas y cohetes a granel actuaron como un  
dispositivo desarticulador. Para el puñado de arriñcherados en La Mone-  
da, era la clase de desolación que precedía la ruina.

Allende, acuartelado en la sede del Ejecutivo, se dirigió en cuatro opor-  
tunidades a sus conciudadanos mientras los aviones de combate tronaban

<sup>28</sup> Boris Cofré, “Historia de los pobladores del campamento Nueva La Habana durante la Unidad Popular (1970-1973)”, tesis de licenciatura en Historia, Universidad ARCIS, 2007, p. 184.

<sup>29</sup> Sebastián Hurrado, “El golpe que no fue: Eduardo Frei, la Democracia Cristiana y la elección presidencial de 1970”, *Estudios Públicos*, n.º 129, 2013, pp. 105-140.

sobre el cielo de Santiago. A primera hora del 11 de septiembre de 1973, el generalato golpista ya lo había intimidado a rendirse so pena de ataque "aéreo y terrestre". Era una amenaza creíble, porque los *jets* ya habían bombardeado y destruido las antenas de algunas emisoras oficiales.

En la que fue su última y más conocida intervención, Allende realizó múltiples agradecimientos, pero también invitó a sus oyentes a fugarse hacia el futuro. En su alocución, la Alameda, convertida en un icono de la vía chilena al socialismo, flirtea con la metáfora. Es sobre ella, pero luego de ser abierta por el pueblo consciente, por donde pasará "el hombre libre".

El bombardeo aéreo a La Moneda confirmó a cualquier testigo de su radicalidad la naturaleza de la empresa beligerante. Con las imágenes del ataque en su televisor, E. P. Thompson escribió un verso compungido: el final de Allende lastimaba "nuestros corazones".<sup>30</sup> Con su poema, Thompson, un intelectual adscripto al campo socialista y que nunca había viajado a Sudamérica, anticipaba la extraordinaria corriente de solidaridad que se volcó hacia los perseguidos en Chile.

Mientras la militarización del espacio cambió Santiago, la represión alcanzó a una fracción de sus habitantes, sobre todo a los extranjeros. Empujados por un clima xenóforo, la mayoría buscó refugio en legaciones diplomáticas y pudieron huir. En otras oportunidades, la represión los golpeó personalmente. Para ellos, pero también para una porción de los habitantes de la ciudad, el cosmopolitismo de los 1043 días de la Unidad Popular se había convertido en un recuerdo.

## PARTE V Espectáculos urbanos (años 1990-2010)

<sup>30</sup> Edward Palmer Thompson, "Homage to Salvador Allende", *History Workshop Journal*, n.º 34, 1992, p. 177.